



LECTURAS DE LA VIDA DE EUROPA

There are cases in which more knowledge,
of more value, may be conveyed by the history
of a word than by the history of a campaign.
(Samuel T. Coleridge, *Aids to Reflection*, 12)

Hoy sabemos que Europa se ha ido haciendo con guerras y con palabras por igual. También que, con más frecuencia de la que hubiéramos deseado, en Europa las palabras y las guerras se han sucedido constantemente, como tratando a la vez de exorcizar una y mil veces el demonio de Babel y volviéndolo a intentar para desterrar por siempre el fantasma de la guerra. Pero sólo al borde del abismo hendido por Marte los europeos nos decidimos, esperemos que definitivamente, a ceder el timón de nuestra historia a las palabras. Al fin y al cabo, la historia de la diversidad lingüística de Europa es, además, una de sus esenciales señas de identidad. Hasta el punto de que, en este sentido, no deja de ser paradójico cómo, en el momento en que las lenguas clásicas, griego y latín, dieron lugar, a la revitalización explosiva de la cultura europea gestada en y por el Renacimiento y, con ella, a todo un haz de manifestaciones culturales en las distintas lenguas de la Europa moderna, ésta se abriese a un concepto nuevo de cultura que contribuía a alejar a Europa ya, a pasos agigantados, de una Edad Media en la que la tenue y sutil idea de Europa se había mantenido viva gracias, precisamente, al latín¹.

Las traducciones de los clásicos a las lenguas vulgares marcan el inicio de un proceso que ya no tendrá vuelta atrás. Como si de un parto se tratara y con él la misión fuese cumplida, el continente comenzaba, a partir de ese momento, a abandonar su antigua piel cultural, homogénea y que le había cubierto desde que el Imperio Romano supusiera el primer precedente de la Unión Europea. El proceso de la muda lingüística duraría aún varios siglos, pero acabaría desterrando, implacablemente, el latín de la faz de Europa. Sobre el cuerpo de Europa se mostraba entonces una infinitud de lenguas que afloraban de modo paralelo, adquiriendo autonomía y competencias en sus respectivos territorios a la vez que

impulsaban culturas diferentes. Peter Burke ha dividido el periodo hablando de una época de emulación y otra, a partir de 1530 aproximadamente, de la variedad o, lo que es lo mismo, de la fragmentación². Es sin embargo, de esa fragmentación (de lenguas, de Estados, de culturas en definitiva) de la que surgirá, andando el tiempo (las palabras y las guerras a las que aludía Coleridge) la Europa que hoy aún izamos.

Cinco siglos después asistimos en Europa a un proceso paralelo, mas en sentido inverso, en el que las lenguas europeas parecen converger (aún con resistencia) hacia una de ellas, el inglés, en un panorama extremadamente tecnificado en el que, de nuevo las artes de la retórica y la poética, isloite y avanzadilla, tal vez, de nuevos humanismos, parecen ser las más reacias y díscolas respecto a una homogeneización dictada por las circunstancias políticas y económicas. Sin embargo, sabedores de que los extremos no son buenos, los europeos deberíamos evitar, en primer lugar, la muerte por asfixia a que estamos sometiendo a las lenguas clásicas, sustrato de nuestras señas de identidad, y, en un segundo momento, la reducción del uso de aquellas otras lenguas (modernas o no) que se están actualmente hablando en los diferentes Estados de Europa.

Para resaltar lo que nos une y la riqueza de esta diversidad *Pliegos de Yuste* ha dedicado un número a «Las lenguas de Europa». Se abre con una entrevista de la filóloga y poeta, Asunción Escribano, al poeta y traductor Antonio Colinas, recientemente galardonado en Italia con el premio a la mejor traducción por las obras completas del poeta Salvatore Quasimodo. Precisamente a la traducción dedica su texto Eugene A. Nida, que expone los principios que, desde su experiencia, deben tener hoy en cuenta los traductores. Tras él, dos de nuestros mejores traductores analizan, por un lado,

el desarrollo práctico de lo que significa verter una lengua a otra, como en el caso de Miguel Sáenz, traductor al español de Günter Grass, y por otro lado, y de la mano del catedrático Carlos Fortea, el desarrollo teórico de qué ha significado y significa hoy, sociológicamente, la traducción en Europa. Son dos textos impecables sobre las dificultades y esperanzas, respectivamente, que encierra esta práctica de la comunicación en la Europa actual y coinciden ambos, además, en el valor hoy del traducir como modo de aproximar entre sí a las diferentes culturas e instarlas a saber más unas de otras. Tal es la idea que, en definitiva y de forma literaria, desarrolla Corina Mersch en su libro *Laissez Passer*, del que publicamos un capítulo junto con otro texto de la autora en este monográfico: «Import-export».

Teniendo en cuenta el contexto de la cultura, y desde la perspectiva editorial española, el director de *Pliegos de Yuste*, José Antonio Córdón, estudia el papel jugado por la traducción literaria, mostrando con notable erudición sus rasgos distintivos y las razones que explican su actual situación. En un contexto también literario, aunque históricamente anterior, se sitúan otras dos contribuciones: Asunción Escribano, por su parte, dibuja el camino seguido por la palabra en la Europa del Holocausto, a la vez que se acerca a los diferentes modos de percibir la lengua por parte de los escritores judíos que sufrieron directamente el horror nazi. Y rindiendo homenaje, además, a la lengua del *Quijote*, Pollux Hernández persigue, a través del tiempo y las sucesivas ediciones de la obra, y en un texto ameno y dotado de inteligencia y erudición por igual, una errata «princeps» deslizada en 1615 y que ha sobrevivido a críticos y eruditos durante siglos. También homenajeando a Cervantes, en la sección «La crítica», Thomas R. Franz muestra las distintas visiones que, del *Quijote*, existen en la sociedad estadounidense. Aunando el aspecto cronológico que supone todo estudio biográfico y el de la profesión de intérprete, Jesús Baigorri se acerca en «Memorias de Clío» a lo que supuso la figura de Olivia Rossetti Agresti en los orígenes de la institucionalización de la profesión de intérprete en la primera mitad del siglo xx.

Pero no sólo se percibe el interés y la relación fructífera de las lenguas europeas en los ámbitos literarios, sino también en la ciencia. Juan Hernández nos acerca a la historia de la construcción colectiva de Europa mediante la confluencia lingüística, con el latín y el griego como sustrato, en el proyecto común de la configuración de la tabla periódica de los elementos químicos. Rastrea, así, un ejemplo de la unión de las lenguas de Europa en un proyecto plagado de alusiones a la geografía del continente y a no pocos hechos de su acontecer histórico, y mundial en general. Este esfuerzo colectivo se pone de manifiesto también en la figura del político francés Robert Schuman, que es analizada en la sección

«Nuestros clásicos». Son también los valores derivados de la diversidad lingüística europea que confluyen en un proyecto común los que resalta el presidente de la Academia Europea de Yuste, Abram de Swaan, desde la «Columna de Yuste», al señalar las bondades de mantener y fomentar el uso de todas las lenguas oficiales de la Unión y no sólo aquéllas más habladas.

Cuenta además este número con la prestigiosa investigadora Margarita Salas, que esboza la relación entre la Ciencia y las Mujeres en un texto recogido en «La Tercera Cultura» en que describe su evolución hasta nuestros días. También con la mujer como punto de partida, aunque orientado ahora desde la creación literaria, la poeta y traductora Clara Janés funde crítica y creación en un bello texto (y poema) sobre la influencia de la literatura oral de las mujeres afganas en su poesía. Junto a ella, un bello poema de Ada Salas da contenido a la sección «Creación» En «Estéticas» José Gómez Isla analiza la actual situación de la fotografía documental en el contexto artístico de las nuevas tecnologías. Además, en este número impreso iniciamos una sección cuyo título, «Letras de Poniente», pretende abarcar a autores de nuestra tradición más profunda.

Pretende, por lo tanto, ser este número, como la propia Bruselas, es decir, un ejemplo de microcosmos de aquello en lo que se está convirtiendo Europa: pequeña ciudad de un país, Bélgica, tradicionalmente dividido por la lengua es, sin embargo, desde hace medio siglo, ciudad receptora de emigrantes de toda Europa que la han convertido en un símbolo de la Unión. Como ella la Europa de las lenguas tiene la pretensión de hacer del continente un lugar donde todos podamos expresarnos en nuestra lengua y todos podamos hacerlo también en cualquier otra. Al fin y al cabo «en mayor o menor grado, cada lengua ofrece su propia lectura de la vida»³ y el futuro de una Europa común en nuestro mundo requiere, de una vez por todas, que quepan en él las más diferentes formas de vida.

NOTAS

¹ Este proceso de cambio, representado en la sustitución del filólogo por el científico o el filósofo, puede verse, desde sus distintos pero complementarios enfoques, en varios de los capítulos de la obra colectiva a cargo de Jill KRAYE (ed.) (1996), *Introducción al humanismo renacentista*. Trad. por Lluís Cabré. Madrid, Cambridge University Press, 1998.

² Peter BURKE (1998), *El Renacimiento europeo. Centros y periferias*. Trad. por Magdalena Chocano Mena. Barcelona, Crítica, 2000, pp. 64-147. Como deja claro el propio autor, 'variedad' es «una palabra cortés para lo que puede considerarse también fragmentación», *op. cit.*, p. 111.

³ George STEINER (1975), *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y de la traducción*. Trad. por Adolfo Castañón. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 546.